

LA HIJA DEL SILENCIO

Tatiana Calderón Le Joliff ¹
tatiana.calderon@uai.cl

La silenciosa oscuridad y la luminosa música me forjaron. En esta sombra, también existía una ternura inmensa y, en esta luz, también yacía una dureza. Soy la hija de un silencio fenomenal, de una negación formidable, de una autocensura que permanece en el espacio de mi padre al que llegué a vivir.

Al mirar *La cordillera de los sueños* de Patricio Guzmán, me senté a escribir. Vi *La batalla de Chile* en mi adolescencia y me acuerdo de que me había conmovido, sin entender mucho, esta articulación de una fuerza utópica que quedó enterrada en las grietas de la cordillera, aspirada por la impasibilidad mineral o bien sumergida en el oleaje tumultuoso del Océano Pacífico. La historia que hila el cineasta es un poco mi historia y la de mi familia. Es una historia que definió mis vaivenes entre Francia y Chile, entre mi madre y mi padre, entre la inercia y la lucha.

Mi padre falleció a los 68 años de un cáncer al pulmón que no lo dejaba respirar, un país que nunca lo acogió realmente de vuelta, un sueño interrumpido y un cansancio milenario. Exiliado político a los 24 años, miembro de un partido diminuto y solidario, la izquierda cristiana, nunca pudo terminar su carrera de derecho en la

¹ Tatiana Calderón Le Joliff (Paris, 1979). Doctora en Literatura Comparada (Pontificia Universidad Católica de Chile / Université Sorbonne Paris Nord). Profesora asociada (Universidad Adolfo Ibáñez, UAI). Directora del Magíster en Literatura Comparada (UAI). Su campo de investigación corresponde a las literaturas contemporáneas francófonas, hispanófonas y anglófonas, los estudios literarios fronterizos y migratorios, la poética comparada y la mitocrítica. Ha obtenido el proyecto de Fondecyt Iniciación “La poética de la frontera en la literatura hispanoamericana contemporánea. Chile-México” (2012-2014) y el Fondecyt Regular “Historia y memoria en la literatura de frontera: *Butamalón* de E. Labarca, *Señales que precederán al fin del mundo* de Y. Herrera, *Waiting for the Barbarians* de J.M. Coetzee y *Le Rivage des Syrtes* de J. Gracq” (2015-2019). A raíz de este proyecto, crea la página web literaturadefronteras.cl y realiza el cortometraje “Fronteras”. En la actualidad, está trabajando en el Fondecyt Regular “Corpografías en la literatura de migración: las Américas. 2000-2020” (2022-2025). Co-edición del libro *Afpunmapu / Fronteras / Borderlands. Poética de los confines: Chile-México* (2015). Publicaciones en: <https://orcid.org/0000-0001-6141-4686>

Universidad de Chile y, luego, en la Universidad Católica de Valparaíso. Al llegar a Francia, se benefició del impulso de solidaridad y emoción que varias organizaciones y partidos políticos sentían frente a la desilusión de la derrota de Salvador Allende. Reconstruyendo los retazos de historias que recuerdo, residí varios meses en un centro de refugiados en París, aprendiendo lentamente el idioma francés. Luego siguió estudiando un magíster en derecho internacional, que finalmente dejó, disgustado por el estudiantado, hijos de poderosos políticos africanos, destinados a perpetuar el nepotismo en su propio país.

En Francia, trabajó en una aseguradora para estudiantes, la Mutual Nacional de los Estudiantes de Francia y luego la Mutual de los Estudiantes. Comenzó su quehacer literalmente en el sótano, con su coterráneo Luis. Quien fuera torturado por la junta militar, así como su exmujer, sufriendolo ella de manera más violenta. Aun así, no se hablaban de estos temas. Nunca supe si mi padre fue torturado, nunca lo dijo, nunca lo negó rotundamente. Fue detenido en Argentina en el contexto del plan Cóndor, pero desconozco las condiciones de su detención y el impacto en su vida. También sé que siguió luchando, a su manera, desde la solidaridad en Francia, como presidente de la “Association d’action solidaire”. Allí organizó el magno evento cultural en el Centro Georges Pompidou: “Chili, lorsque l’espoir s’exprime” (1983), exhibiendo las obras del Museo Salvador Allende, con el auspicio del ministerio de la cultura francés liderado por Jack Lang. O también cuando se fue, yo siendo una niña, a Nicaragua a filmar testimonios de guerrilleros, buscando ayudar o encontrar respuestas. Mi madre me contó que todas las noches de esta ausencia, quedaba ansiosa, junto a la puerta, esperándolo. De mis primeros años, asocio a mi padre con las rutinas infantiles, mi madre con los horarios tardíos del trabajo y los viajes permeados por las sorpresas y las añoranzas.

El encuentro de mis padres fue primero de orden político. Mi madre, muy conmovida por la causa chilena, venía de una familia muy comprometida. Mi abuelo materno había sido resistente durante la Segunda Guerra mundial y, luego, estalinista hasta la negación. Así, su primera conversación los ensimismó durante horas sobre la geopolítica, espacio recurrente y familiar a lo largo de sus vidas, aun cuando divergían. Pero fueron los ojos tristes de mi padre los que terminaron conquistando esa fuerza potente e inestable conformada por mi madre. Él, en forma paradójica, derribó su ansiedad y ella le traspasó savia y pasión. Esta mezcla de intereses y naturalezas dio lugar a un espacio familiar intelectual y culturalmente desafiante, así como solidario y hospitalario.

Nuestra casa era, muchas veces, el hogar de las personas en tránsito, de los chilenos que buscaban un espacio efímero de acogida. Recuerdo las fiestas, las risas y las conversaciones acaloradas en un idioma que no entendía y que no entendí hasta llegar a vivir a Chile. La cerrazón del lenguaje era la cerrazón de mi padre. Asimilarse a toda costa, camuflarse en el paisaje francés era su objetivo. Nunca lo logró totalmente, su

físico y su acento siempre lo delataron, pero sus hijos tenían que sentirse plenamente parte del país de su madre, para no sentir la desazón o la nostalgia inventada del otro lugar. Esta enajenación de su origen aniquiló mi identidad chilena hasta tal punto que yo era solo francesa y mi integración, al llegar a Chile, fue ardua.

Desprovista del lenguaje y de los códigos culturales, experimenté un repudio deseante. Representaba, creo de manera inconsciente, un ente neocolonial y a la vez el blanqueamiento que tanto anhelan ciertos chilenos. Mi padre no me había preparado para este desafío, pero tampoco él estaba listo para su retorno, 17 años después de haber sido exiliado, la misma extensión temporal de la dictadura militar. A finales de 1993, en plena transición democrática, en el auge del crecimiento económico, mi padre volvió a Chile con nosotros bajo el impulso de mi madre, confiada en el progreso de Chile y en la reinención de la familia.

El exilio y el retorno conforman dos fases extremadamente dolorosas. El exilio, por su carácter arrasador de la infancia, los orígenes, el corte tajante en el desarrollo de un individuo que deja una marca indeleble en sus afectos, su desenvolvimiento y su seguridad. El retorno, por la desoladora pena del desfase, del desencuentro, del desengaño de encontrar un país no solo distinto al ideado en el rincón amoroso de la nostalgia, sino que un país que no quiere volver a ver al que partió. El espejo del retornado es la herida de los que quedaron y tuvieron que acomodarse al miedo, conciliar lo impensable, callarse lo abyecto o, simplemente, colaborar con una realidad ineludible. El retornado remueve, con sus ideas importadas, su vida fuera, su nueva familia, los escombros de un sueño. Mi padre logró encontrar en el afuera un resguardo, construir esta familia que cobijó con recelo. Retornó con ambivalencias, reticencia e ilusión, idealismo y cinismo.

La vuelta a Chile fue violenta, no en el ámbito económico, porque mi madre logró adaptarse muy rápidamente y hasta mejoramos nuestras condiciones vitales, sino más bien lo fue en el universo afectivo y político de mi padre. Este hombre parco, salvo excepciones, y poco propenso a la ostentación de sus emociones, recibió un golpe ensordecedor. Sus antiguos amigos no perduraron, sus amigos del exilio, retornados antes, muchas veces oportunistas, tampoco estuvieron. Tardó muchos años en reunirse con su espacio y con la gente. No fue un reencuentro armonioso, sino que más bien rabioso. El silencio, practicado en Francia, para fundirse en la cultura, dio lugar a una paradójica nostalgia del país de refugio, dando lugar a malentendidos —lo llamaban afrancesado—, a estallidos de indignación o momentos de resignación.

Nuestra familia aprendió una cierta noción de la precariedad en Chile. Nunca experimentó la pobreza, pero sí estuvo bordeando el declive. El ascenso social provocado por la llegada a Chile, desde una clase media francesa a una clase acomodada chilena, se emparentaba con la incertidumbre y la inseguridad laboral. Dos mundos se enfrentaban: el sistema de ayuda social francés, con su fuerza solidaria y paralizante; y el sistema chileno, flexible y dinámico, dispuesto a promover todas las caídas.

Aprovechar esta oscilación fue nuestro objetivo, y funcionó en cierta medida, para mi madre y para mí. Aprendimos de los dos mundos, negociamos nuestras identidades y nos volvimos observadoras inquietas de cada lugar. Para mi padre y mi hermano, el experimento fue más sombrío.

En algún momento de decadencia económica familiar, mi madre regresó a Francia. Su retorno tampoco fue idílico ni exitoso a nivel laboral, pero logró poner en orden sus papeles y volver con la certeza de quedarse en Chile. Esta situación permitió a mi padre, por fin tener la posibilidad de arraigarse, luego de 6 años en el país. Conectó por fin con las personas idóneas y resolvió el problema económico. A la vuelta de mi madre, reencontraron un equilibrio y construyeron un espacio más apaciguado y desligado de cierta vertiginosa velocidad que experimentaba Chile.

El campo fue el último refugio de mi padre, allí cultivaba su jardín, en el sentido volteriano, y practicaba la contemplación rousseauista. Decía que no necesitaba leer más porque había leído todo, lo que me parecía un cierto abandono emocional. En este refugio llegaba también el mundanal ruido. Su vecindad rural mostraba, a pequeña escala, las tensiones de un Chile irreconciliable. Las mezquindades, la ausencia de responsabilidad individual y la desfachatez cohabitaban con una apetencia de prosperidad y de solidaridad, muchas veces derrotada, por la dificultad de creer en la perseverancia del esfuerzo comunitario.

A los 57 años, se le detectó un cáncer al pulmón. Mi padre solía fumar dos cajetillas al día y desafiaba a cualquiera que no lo dejara fumar. En este momento, el diagnóstico fue bueno porque, gracias a un rutinario chequeo de salud, vislumbraron un tumor diminuto. Sin embargo, una buena parte de su pulmón fue extirpada y enfrentó, psicológica y silenciosamente, la muerte. Luego de este proceso y de todo lo que lo rodeaba, volvió la rabia y volvió la pérdida. Por supuesto permanecía el amor a la familia, que se hizo insuficiente frente al intruso en su cuerpo que cambió el rumbo de sus afectos. 11 años más tarde, en plena pandemia, sucumbió a la enfermedad fulminante. Hoy, su lugar de descanso está en la tierra de su jardín. Lo acompaña un colibrí, escultura creada por mi madre, y mi oración fúnebre, elogio para este padre impávido:

Un jour d'orange, mon père s'est endormi

Congruente y tenaz, no quiso más

No quiso más de una vida donde no podría anhelar caminar con soltura por el jardín hermoso que imaginó

No quiso más de un lugar donde no pueda querer con todo su vigor a sus seres

No quiso más de una existencia sin poder respirar por su propia cuenta y pasarse con la cabeza en alto

Mi viejo, tan silente y ruidoso a la vez

Tan perseverante en sus afanes y resiliente

Sigiloso, deambuló con gracia en esta vida

De Santiago de Chile a Paris, volviendo en las últimas vueltas de su vagabundeo al mismo espacio de ensueño, Venecia, su ciudad favorita, entre pantanos y palacios, oscura y luminosa, plasmando ese claroscuro barroco que lo envolvió en su recorrido sinuoso

El exilio pareció enseñarle el don de la invisibilidad, de la humildad, así como la posibilidad de reinventarse con su familia

El retorno le dolió y le dio a la vez la posibilidad de la ira, de nitidez en la expresión de su desencanto con su propia utopía

El cultivo de su jardín le dio sosiego y amor por las cosas simples

Amó a mi madre con política, con peleas sin importancia, con ternura, con una increíble fuerza y con altruismo hasta el final

Quiso a mi hermano con silencios, con dificultades a veces, pero con entereza y constancia

Siento que me quiso con todo su ser, me cobijó, me protegió, me dio la confianza, me enseñó a observar el mundo con meticulosidad y ubicarme en él. Me retaba, un poquito, cuando era pequeña pero inmediatamente intentaba hacerse perdonar con su mirada tierna, su modo un poco abrupto y torpe de querer

Me ayudó a construir un hogar para compartir con él e idear otros jardines

Ternura es la palabra que usaría para calificar nuestros últimos vínculos, manos anudadas, expresando lo que la palabra no alcanza a traspasar

Pudimos acompañar a mi padre hasta el sueño que tanto codiciaba, el reposo valiente que hoy alcanzó

Un día de naranja, mi padre se durmió

El colibrí, voluble, revolotea por el campo y su movimiento permanece en mi memoria, la cordillera de los sueños me afirma y me endereza los pasos. Soy la hija del silencio y del cariño, de la oscuridad luminosa del desarraigo de donde emerge la búsqueda que sustenta mi quehacer cotidiano, mi camino y mi fortaleza.

